

un atleta, en la doble providencia de la enseñanza y de la caridad, sus mejores días se han ido uno á uno tras el huracan de la muerte.

Triste desenlace, pero necesario, porque todo sigue esa relacion invariable de la existencia: Nacer, vivir y morir.

La flor cae desprendida de su tallo y muere sobre su sombra; el canto del pájaro se pierde en la inmensidad de los espacios; las olas dejan sus postreros suspiros al llegar á las playas.

Nace en el corazon la esperanza y muere en la negra realidad de la amargura: las horas sublimes del amor y del sentimiento, las horas benditas de felicidad tambien desaparecen, y solo dejan una página que despues se registra para consagrarle un aniversario de muerte con los más santos recuerdos de las ilusiones perdidas.

Triste destino! Se consulta al presente, y en él no se encuentra más que el resto de las ilusiones más gratas, marchitas y diseminadas sobre las horas de la existencia, como los fragmentos de un buque que la tempestad hizo pedazos en la borrasca de los mares: se ve hácia atrás, hácia ese tiempo que ya pasó, y solo se encuentra de agradable los primeros pasos de la niñez, la página más dulce y más tierna del corazon; pero mezclada con esa palabra de triste y lúgubre sonido: Nada. Se intenta rasgar el velo que cubre el porvenir, y solo se entrevé, allá como en el fondo de densas tinieblas, una tumba.

Ley inquebrantable: Nacer y morir.

Ante esta idea es cuando viene el consuelo y la conformidad; ante esta idea es cuando nos incorporamos, enjugamos nuestras lágrimas y nos ocupamos de levantar para el porvenir el verdadero santuario de la inmortalidad.

El recuerdo que hoy nos queda del sér que fué, la imágen santa que conservamos, los sentimientos de abnegacion que supo inculcarnos, procuramos transmitirlos al corazon de los que vienen, para que sepan cultivar en su memoria el noble impulso de la ciencia y de la fraternidad.

VINIEGRA.

SEÑORES:

**M**UY indigno me creo de dirigiros la palabra; torpe es mi lengua para interpretar los sentimientos de dolor sublime que inunda nuestros corazones. Pero hay momentos como éste, de suprema angustia, en que los más ignorantes no temen hacer oír su voz, porque saben que se encuentran en medio de numerosos hermanos, poseidos todos de iguales senti-

mientos, agobiados todos por uno de esos espantosos golpes que no encuentran más consuelo que las lágrimas; en que las palabras, por torpes é incoherentes que sean, son la única válvula que impide al pecho estallar á impulsos de un dolor incomparable. En tales circunstancias vengo yo, agradeciéndoos que al fijaros en mi pequeñez, me hayais proporcionado la ocasion de cumplir con uno de los deberes más sagrados, aunque de los más penosos, que se presentan al hombre.

Señores, la Sociedad Filoiátrica está de pésame; el golpe más rudo que sobre ella pudiera descargar el destino la ha conmovido hasta sus cimientos. Llorad, sí, llorad sin tregua ni consuelo; llenad el aire con vuestros tristes gemidos; inscribid con indelebles caractéres un epitafio más en el lúgubre panteon de vuestros recuerdos tristes, un epitafio que arrancará las lágrimas de vuestros ojos, los gemidos de vuestro corazon. La muerte, esa enemiga implacable de la humanidad, que se complace en arrebatár del seno de las Sociedades á sus miembros más ilustres; que apaga indiferente en el lago glacial del no sér esas resplandecientes antorchas del saber y de la virtud, que no se muestran sino pocas veces en el fango asqueroso de este mundo, nos acaba de robar uno de los hijos más queridos de esta infortunada patria; esa muerte que ya tantas veces ha cebado sus descarnadas garras en las personas de multitud de nuestros hermanos filoiátricos, acaba de coronar su obra de destruccion, arrancando de nuestro seno al dignísimo y muy amado Presidente de nuestra Sociedad, y aun frescas todavía las lágrimas derramadas por nuestros hermanos muertos, nos hace apuntar inhumana una víctima más en ese tristísimo y fúnebre catálogo. Apenas puedo dar crédito á mis ojos! El solo recuerdo del motivo que aquí me ha conducido, me hace estremecer! Qué! ¿tan pocos dias bastan para destruir esa admirable máquina del hombre, con todas sus inspiraciones sublimes, con todo ese fuego incomprensible que lo eleva hasta las regiones de lo ideal, de lo grande, de lo infinito? ¿Tan poco tiempo basta para que esa sustancia simple, inteligente y libre, que llamamos alma, se desprenda de su cárcel corpórea, no dejando sino un cadáver helado, mudo, donde ántes era todo entusiasmo, todo genio, todo vida y animacion? Muy duro, muy desconsolador es todo esto, y sin embargo, vedlo allí cadáver ya, mudo, impasible; sarcasmo sangriento que nos arroja la parca inexorable para mostrarnos todo lo sublime de nuestra miseria! Horrible realidad, verdad desgarradora á la que nuestro corazon no quiere rendirse!

Cuantos nos hallamos presentes, hemos sufrido una pérdida irreparable; todos lloramos la muerte de un padre cariñoso, de un amigo ejem-

plar, de un hermano virtuoso que descendió al sepulcro con la serenidad del justo, con el heroísmo de los mártires, con el valor y la seguridad del sabio, con el gozo inefable de los creyentes de corazón. Él ya no sufre; él ya voló á una patria mejor; pero nosotros, ¡ay! cómo llenaremos el tristísimo vacío que nos causa su pérdida incomparable? No hace aún muchos días que colocados á su derredor en la última sesión de la Sociedad Filoiátrica, verificada el lunes 19 del presente mes, estrechábamos su mano, siempre leal y franca, siempre dispuesta á deramar socorros al desgraciado; su voz aun resuena en nuestro dolorido pecho, y en nuestros oídos sus sabios discursos; su mirada, animada siempre por el fuego del entusiasmo hácia la ciencia, sus finos modales tan naturales en él, sus palabras, siempre dulces y consoladoras para el afligido, jamás se borrarán de nuestras almas. Venerémos su memoria imitando su abnegación sin límites por la ciencia, su empeño decidido por el progreso intelectual de su patria, su celo infatigable para fomentar á la juventud estudiosa y desvalida.

Y en qué circunstancias tan afflictivas hemos recibido este rudo golpe! Precisamente cuando nos hallamos prófugos de nuestras aulas por los graves acontecimientos conocidos de los que me escuchan; cuando luchamos heroicos con la miseria tal vez, con las preocupaciones sociales, por conquistar los derechos hollados del estudiante verdaderamente libre é independiente, entónces es cuando el hado infausto se complace en arrebatarnos con increíble saña, al amigo más fiel, al padre más amoroso, que nos hubiera ayudado con sus prudentes consejos, que hubiera impartido su protección á los heroicos hermanos nuestros que han quedado sin pan, sin domicilio, sin amparo, por adherirse á la causa comun.

Si la Sociedad Filoiátrica está de luto riguroso, no lo están ménos, Señores, no solamente los Establecimientos donde tan dignamente sirvió las cátedras que se le confiaron, sino las Sociedades científicas y filantrópicas que se enorgullecen de haberlo contado en su seno. En todas partes supo captarse las simpatías y el respeto debidos á su ilustración, á su afabilidad, á sus humanitarios sentimientos. Lágrimas abundantes regarán la tumba fria del antiguo catedrático de la Escuela de Agricultura, del adjunto de la clase de Historia Natural y posteriormente de la de Patología externa de la Escuela Nacional de Medicina, del Presidente de la Academia de Medicina de México, del distinguido miembro de la Sociedad Humboldt, de la de Geografía y Estadística, etc., etc. Pero nada, ciertamente, podrá igualar al dolor con que su muerte abrumba á los socios filoiátricos, que vienen hoy á humedecer con sus lágrimas la

última morada de su fundador, de su Presidente reelecto anualmente por aclamacion; y no podia ser de otra manera! su predileccion por esta última Sociedad, nadie la ignora; su constancia sin ejemplo, la proteccion que siempre impartió á los alumnos desvalidos, el entusiasmo que sin cesar lo animaba para fomentar los trabajos científicos emprendidos en ella, dando á conocer por medio de un periódico, *El Porvenir*, los adelantos de nuestra Escuela Nacional de Medicina, son títulos más que suficientes para considerarlo como el verdadero padre de aquella corporacion. Seriamos, pues, unos ingratos, si no viniésemos á tributar este homenaje á su memoria.

México, Señores, ha perdido igualmente á uno de sus hijos más queridos, pues fué uno de los muy pocos hombres científicos que dedicaron largas horas de estudio á las cosas de nuestro país, impulsado siempre por ese deseo innato en él de servir á sus semejantes; así es, que con frecuencia se le vió, retraido del mundo, apóstol incansable del saber, consagrarse al estudio de las propiedades ó aplicaciones terapéuticas de algunas plantas ó animales indígenas; las perniciosas enfermedades que suelen causar á nuestros ganados la presencia de parásitos animales ó vegetales, fué tambien objeto de sus investigaciones científicas, que elevarian á México á una honrosísima altura, si contase con muchos hijos como aquel cuya pérdida lloramos. Si acaso un día se levanta majestuosa una histología mexicana, el nombre del Sr. Dr. D. Lauro M. Jimenez, figurará gloriosamente en ella, lo mismo que figura en la Farmacopea que acaba de ver la luz pública, por ser él realmente el primero que despertó en México, el gusto y el interés por las observaciones microscópicas, manantial inagotable de adelantos y descubrimientos científicos, y de utilísimas prácticas. Parece que las ciencias naturales ejercian un atractivo especial sobre el Sr. Jimenez: el herbario bastante considerable del célebre botánico español Cervantes, habia pasado á su poder, quién sabe á costa de cuántos sacrificios; y segun varias veces dió á entender á sus amigos, estaba emprendiendo un trabajo relativo á dicho herbario, sometiéndolo desde luego á las clasificaciones modernas, y haciendo quizá algunas observaciones preciosas sobre las ventajas que pudieran sacarse de algunas plantas, suministrando tal vez datos interesantes para nuestra geografia botánica. Muy sensible es, Señores, que el soplo helado de la muerte, haya venido á interrumpir la gloriosa carrera de este hombre infatigable, privándonos de esta nueva prueba de su erudicion.

Yo siento mucho que lo imprevisto de la comision honrosa que se me

ha confiado, así como mi reconocida insuficiencia, no me hayan permitido recoger noticias más completas sobre el hombre digno que nos roba hoy la muerte, ni emplear un lenguaje digno de vuestra ilustracion y del acto solemne que nos reúne. Cábeme, no obstante, la satisfaccion de demostrar á mis hermanos filoiátricos todo el afecto que me inspiran, y la no ménos grande de manifestar públicamente todo el respeto, cariño y veneracion que siempre he abrigado y abrigaré hácia el finado Sr. Jimenez, acometiendo esta empresa superior á mis fuerzas.

Señores, para terminar mi cansado discurso, os ruego me acompañéis á colocar sobre esa tumba, que en breve nos ocultará para siempre una prenda tan cara á nuestro corazon, una corona de siempreviva, simpático emblema del imperecedero recuerdo que deja entre nosotros, un hombre que á ejemplo de Solon, cultivó la ciencia hasta las últimas horas de su vida; un hombre que al descender hoy á la fúnebre morada de los que ya no son, deja á sus amigos sumidos en el más amargo llanto, un vacío inmenso en la ciencia, en la sociedad, en la familia.—HE DICHO.

RAMOS.

---

Mártir de su mision, apóstol santo,  
Sus alas al tender al infinito,  
Deja un reguero de fecundo llanto  
Y esculpido su nombre en el granito.

R. RODRIGUEZ RIVERA.

SEÑORES:

**C**UANDO la tristísima noticia de un acontecimiento irreparable hiere con ruda mano una hermosa esperanza; cuando el amargo acento de todos los lábios repite á nuestro oído que desapareció de nuestro lado quien llevaba el estandarte de la abnegacion y el escudo brillante de la filantropía; entónces, en medio de un cielo que nos abrumba como el pesar: el llanto, la gratitud y el reconocimiento son las únicas flores que nosotros depositamos en el altar que el sentimiento de todos erige en el corazon de cada uno.

Triste es ver que la verificacion de un acontecimiento necesario, nos priva para siempre de uno de los benefactores de la humanidad.—Hoy, con el más profundo dolor exhalamos con este *adios* un gemido, que es para esa humanidad el canto imperecedero del reconocimiento por beneficios recibidos.

Vosotros conocisteis al padre infatigable, de la que hoy se envuelve en el manto del sufrimiento, de la Filoiátrica. Vosotros habeis sido tes-